

Las mujeres en las Fuerzas Armadas

En el año 1990 dos mujeres argentinas se presentaron a la Fuerza Aérea para la carrera de aviadoras militares. Fueron rechazadas con actitudes que abarcaban desde la burla hasta la ofensa, por parte del personal que las recibió. No eran las únicas, puesto que se conoce que ya hubo veintiséis postulantes igualmente rechazadas. Es lamentable que nuestro país vaya a la zaga de los países que ya han incorporado mujeres en la milicia. Se recuerda a Domingo Faustino Sarmiento que dijo que el progreso de un pueblo estaba dado en el grado de adelanto de sus mujeres, y en ese sentido, existe una resistencia de los varones a entrar al Siglo XX cuando ya quedan pocos años para que finalice. La reciente guerra del golfo Pérsico fue el bautismo de fuego de las mujeres militares de los Estados Unidos, Inglaterra, Israel, Siria, Francia e Irán, países que incorporaron a las mujeres a la milicia hace varios años. Según cómputos del Departamento de Defensa Norteamericano hay 220.000 mujeres en las Fuerzas Armadas, que equivalen aproximadamente al 11 % de la totalidad de esas fuerzas que alcanzan a dos millones. La presencia femenina en el Golfo fue tan evidente que los soldados varones le pusieron el mote de Mom's War, (la guerra de mamá). Aunque la ley norteamericana prohíbe a las mujeres estar en la primera línea de combate, algunos de los trabajos y misiones que se les ordenó estuvieron muy cerca de la línea de fuego. Se desempeñaron como camioneras, pilotearon helicópteros Huey, para el traslado de personal, fueron paracaidistas y mecánicas de tanques, entre otros muchos trabajos. La determinación de los jefes militares de permitir la integración de las mujeres en West Point, como lo había hecho el Ejército pocos años antes, no fue fruto de una conversión idealista a la causa de la igualdad femenina, sino una necesidad demográfica: debido al decreciente nivel de natalidad. Los Estados Unidos ya no disponen de una reserva de "mano de obra" para el ejército voluntario o de suficientes reclutas para defender la nación, más que si las mujeres entran a formar parte de esa reserva. La participación femenina comenzó cuando los planificadores del Pentágono se fijaron en las estadísticas demográficas, mostraron que el número de hombres se vería muy reducido en los años próximos, hasta un veinticinco por ciento en 1992.

Se comenzó a reclutar mujeres, en los Estados Unidos en la década de los años setenta, para cuerpos auxiliares. Los problemas graves de resistencia de los hombres a oficiales en la Academia Militar de West Point, en 1976. Se produjo entre los oficiales, los cadetes y los veteranos de guerra, una reacción de afrenta, de temor de que la mujer no sirviese más que para rebajar el nivel de valor y disciplina, categorías de la que están orgullosos en West Point. No tuvieron reparos en manifestar su desagrado por la orden del Congreso sobre igualdad de oportunidad para ambos sexos, el machismo demostró ser más fuerte que la vocación democrática de estos militares que temblaron ante la supuesta violación a la sagrada fortaleza de la masculinidad que era la academia de West Point. Para las mujeres no fue nada fácil, porque sabían que esta invasión la tenían que pagar caro. La igualdad a la que aspiraban se tomaría al pie de la letra con la secreta esperanza de verlas abandonar el campo.

Lo que la mujer quiere

Un viejo refrán dice: "Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere", entendiéndolo que la tenacidad y el empeño son las razones del éxito. Las mujeres cadetas vencieron todos los obstáculos materiales y filosóficos que se les opusieron. Entre los primeros, estuvo la cuestión del entrenamiento físico. Se hicieron algunos reajustes mínimos para permitir competir con los varones. Las mujeres llevaban un fusil más ligero, de sólo un kilo de peso, tipo M-16, pero en el programa había exigencias superiores a la resistencia de las mujeres como el correr. Ellas no aceptaron la ventaja que les daban y prefirieron correr a la par de los varones para no dar pretextos de crítica. Podían llevar protección pectoral durante el

entrenamiento de lucha y también optar por el karate en lugar de hacer boxeo y lucha libre, pero aparte de esto, pasaban por los mismos entrenamientos de bayoneta, enseñanza de armas y vivac que los hombres. La tensión que sufrieron las mujeres fue de naturaleza distinta a la experimentada por sus iguales del sexo masculino. A las mujeres se les explicó ciertas diferencias sexuales básicas que resultaban difíciles de obviar como la voz, más aguda y sin tono de autoridad y los pasos más cortos, al desfilarse, que carecen de aire marcial. Otra obligación era usar pantalones, descartando las faldas. Poco a poco las mujeres fueron reaccionando ante estos detalles que tenían como finalidad tratar de que se parecieran a los varones, en lugar de ser aceptadas como mujeres. ¿Por qué motivos tendrían que ocultar que lo eran? En el primer año se introdujo el cambio que permitió a las cadetas usar faldas en las reuniones sociales y se estableció que no es necesario tener un vozarrón para ser escuchada, ni que tampoco es poco marcial desfilarse con pasos más cortos. De todos modos los desfiles eran meramente decorativos y las mujeres no estaban allí para jugar a los soldaditos. Esos fueron los cambios más importantes en el primer año de estudio.

Después de cuatro años

Por orden del Ejército norteamericano se llevaron a cabo investigaciones exhaustivas sobre la experiencia de las mujeres en West Point. Estos importantes estudios podrían servir para los países como el nuestro, cuyos militares se sienten muy amenazados ante el proyecto de tener mujeres muy cerca y con uniforme. Según los informes de los especialistas en ciencias sociales, los cadetes de uno u otro sexo eligen las secciones del ejército en que van a prestar servicio, sobre la base de lo que les resultará más satisfactorio profesionalmente. Los varones eligen las armas de apoyo de combate, más que nada por el culto al heroísmo. Las mujeres no, porque el culto al heroísmo no cuenta en la escala femenina de valores. Los grandes cambios en la sociedad norteamericana en los roles sexuales, en el sentido de una mayor dedicación a los niños y a la familia de parte del hombre, tuvo influencia en el cambio de la personalidad militar masculina en West Point con la llegada de las mujeres. Predominaba, antes de la llegada de éstas, el camuflaje masculino estereotipado del tipo John Wayne, firme, recio, de mandíbula cuadrada, de macho muy fuerte, mejor si demostraba carecer de sensibilidad. Había una desproporcionada insistencia en las hazañas físicas. La sorpresa vino cuando en las clasificaciones de capacidad de mando, que es el elemento básico de la carrera militar, no había diferencia entre hombres y mujeres, pero en lo que se refiere a la capacidad de "conseguir que se cumplan las órdenes", las mujeres fueron mucho mejor clasificadas porque se preocupaban del bienestar de sus subordinados. Este resultado dio lugar a que los militares repensaran en la conveniencia de cambiar el modelo "guerrero" por otro que no tuviera el ideal del heroísmo a cualquier precio, más aún si ese precio es pagado por vidas humanas. Esto es especialmente importante cuando se trata de un ejército voluntario porque los Estados Unidos no tienen servicio militar obligatorio. No se puede dirigir un ejército constituido por voluntarios a la manera antigua, degradando física y verbalmente a hombres y a mujeres también y esperar que hagan lo que se les pide. Si el sistema autoritario de West Point tenía por objeto eliminar gente que no resiste a la presión, estaba claro que esa presión excesiva era disfuncional y que el ejército estaba perdiendo gente capaz, y aprovechable. Los especialistas en ciencias sociales comenzaron a aconsejar a los oficiales que se preocuparan si los soldados escribían a su madre y a visitarlos en la enfermería y a otras actitudes de solidaridad por encima de las diferencias de rango. Se difundió el concepto de que el machismo es una careta que se ponen para exigir obediencia ciega los que no tienen verdadera fuerza.

María Elena Oddone

Salta, República Argentina, martes 9 de abril de 1991.

El Tribuno

Fundado el 21 de agosto de 1949 - Año XLII - Edición Nro. 14.097